

LA COMPLEJIDAD DEL TRATAMIENTO PSICOLÓGICO DE LAS VÍCTIMAS DE ACCIDENTES DE TRÁFICO.

Nuestra época está marcada por lo traumático, es la época de los traumatismos. Estos vienen de la mano del asentamiento en nuestra sociedad de los avances de la ciencia, de la tecnología y, como no, de la mano de la expansión del capitalismo liberal. El sujeto moderno cada vez se siente más fragilizado ante el empuje de ambos discursos: el empuje al malestar, malestar que encubre la faz de lo real que nos rodea. No existe nada, ni nadie, que pueda detener esta vertiente de lo real.

¿De qué se trata este real? ¿Qué es este real? Terrorismo, genocidios, las guerras de nuestra época - que seguimos con todo lujo de detalles en nuestros informativos gracias a los avances tecnológicos -, catástrofes naturales como las inundaciones, las erupciones de volcanes, el Tsunami, sin ir más lejos; catástrofes provocadas por fallos humanos como la de Chernobil, los abusos sexuales, donde la naturaleza humana se hace patente.

Y en medio de todo este magma encontramos los accidentes de tráfico. Los accidentes de tráfico, mortales o invalidantes para toda la vida, son un claro exponente de la incidencia del discurso de la ciencia y del capitalismo, con sus efectos de globalización, así como de la incidencia de los fallos humanos que, en la mayoría de los casos, son evidentes.

¿Cuál es la respuesta desde el sujeto a esta irrupción de lo real? La angustia como efecto del encuentro con lo real, angustia de aquello que no es asimilable por el individuo, aquello que rebasa la capacidad de respuesta de cada uno de nosotros, la capacidad de subjetivar de cada individuo. La capacidad de poder subjetivar una experiencia es particular de cada uno, es la forma de tratar aquello que nos rodea, aquello que percibimos y que está traspasado por la historia personal, por las experiencias, por lo particularmente vivido, es decir,

de aquello que está inscrito en la cultura que nos rodea y en la transmisión generacional.

¿Qué es lo traumático? Aquello que irrumpe de forma imprevista desde lo real a lo largo de la existencia de un sujeto, y que escapa al poder simbólico de la palabra. Un impacto violento, una efracción que tiene consecuencias sobre el conjunto de la organización de un individuo. Dicho de otra manera, una experiencia vivida que aporta, en poco tiempo, un aumento tan grande de excitación a la vida psíquica, que fracasa su liquidación o regulación por los medios normales y habituales. En ese momento, ninguna palabra, ningún recurso puede ligar este exceso, exceso que no se puede tramitar. Es cierto que no todo sujeto lo vive con la misma intensidad, a algunos les afecta menos que a otros y viceversa. También es cierto que algunos sujetos pueden reaccionar de forma excesiva a situaciones de menos impacto. Lo singular de cada sujeto se pone en juego dando lugar a respuestas diferentes desde la subjetividad de cada cual.

El momento traumático se define, como ya he señalado y vuelvo a repetir, por el encuentro con un peligro ante el cual el sujeto, disminuido, privado de los recursos de los que suele disponer, queda sujeto a una “excitación” intratable, es decir, a un exceso de excitación, a una conmoción que no se puede tramitar, en relación con la tolerancia del sujeto y su capacidad de controlar y elaborar psíquicamente dichas excitaciones. Esta conmoción se identifica a la experiencia de impotencia, de desvalimiento, de desamparo, tal como Freud señala.

El desvalimiento, el desamparo, se define en términos económicos en una relación entre una cantidad de excitación y las fuerzas del sujeto, es decir, su capacidad de soportar, de canalizar o de repartir esa excitación. A partir de aquí no se puede objetivar absolutamente ningún traumatismo pues los recursos del sujeto cuentan en la vivencia del traumatismo, y esto lo prueba toda experiencia clínica, pero este punto, fundamental, se olvida cuando se habla de traumatismo estándar. De ahí se puede deducir la justa orientación de

los tratamientos posibles: será al movilizar los recursos simbólicos propios de un sujeto, que éste tendrá más posibilidades de elaborar la experiencia.

Lo traumático se inscribe en la historia desde su origen mismo, pero no será hasta principios del siglo XX que la psiquiatría investigará los efectos traumáticos, lo que se llama hoy en día efectos post-traumáticos, y lo hará con el estudio de los traumatismos de guerra, la de 1914 y, particularmente, la segunda guerra mundial. Después, como sabemos, se amplió con la guerra de Vietnam y la del Golfo.

En nuestra sociedad aparecen dos nuevas modalidades: las víctimas y la intervención del estado, cuyo objetivo sería el de la reparación de daños y el de poder cernir la responsabilidad de los que pudieran haber provocado el acto, o la catástrofe. Estos hechos tienen valor universal y la sociedad muestra su solidaridad con dichas víctimas.

¿Se podría pensar - y de hecho así se afirma - que las causas crecen con el desarrollo de la civilización? Es posible pero ¿no será que los recursos de los sujetos merman con el empuje de la ciencia y del capitalismo, llamado salvaje, que la ciencia condiciona? El discurso que preside los valores, los gustos, las satisfacciones que prometen el bienestar a una determinada cultura, es siempre un discurso tramposo que encubre lo que justamente genera malestar, lo real.

Así, nos han hecho creer en la infalibilidad de los productos, masivamente ofertados, y han anulado la responsabilidad de cada sujeto, en una suerte de imposición que deja al sujeto justamente sin recursos, sin defensas, algo así como una reacción automática sin pensar, sin valorar de qué se trata el bombardeo sin límite de ofertas. Nos han hecho creer en un sueño que al despertar nos confronta inevitablemente con la realidad, con aquello que se nos escapa y que, en algunos casos, se transforma en pesadilla. Y así, asistimos a un demasiado de... violencia, abusos, horror, demasiados accidentes de tráfico.

Siempre encontramos dos componentes y dos tiempos en el traumatismo: de un lado, el acontecimiento, el golpe de lo real, y del otro lado, a posteriori, las secuelas que son las repercusiones que sufre el sujeto como consecuencia de lo traumático.

Primer tiempo: podemos situar el tiempo del impacto como un momento de desconexión, de no registro del mismo, momento de encuentro con un real que no tiene respuesta en lo simbólico, no se puede refrendar con palabras. Existe la prevalencia de una imagen, único referente de ese momento, de ese encuentro que surge por fuera de las coordenadas de toda anticipación, el sujeto no se ha podido preparar para maniobrar ante el impacto.

Segundo tiempo: Las repercusiones en el sujeto son de otro orden y varían en gran medida según la lectura que se haga de ese real. Y digo lectura porque lo que le resulta difícil al sujeto es no pensar que lo sucedido está tramado. Existe una tendencia a pensar en un Otro supuesto tramador, que puede ser Dios, el inconsciente, o los responsables de la desgracia: el resultado es la negación del sin sentido de lo real, entendido como catástrofe, que apenas encontrado se convierte en intencionalidad oscura. Otra lectura debe hacerse de los accidentes de tráfico a causa, en la mayoría de los casos, de la responsabilidad implicada en los mismos, y que llevan al encuentro de ese real sin sentido que es la posible muerte.

El traumatismo, en su impacto, es lo real; las secuelas las padece el sujeto, son del sujeto. Los psicoanalistas sabemos que se puede atender a los traumatizados y que se debe ir en contra del discurso determinista, que pretende establecer una correspondencia unívoca entre una causa traumática y sus consecuencias sintomáticas, ya que entre ambos está el inconsciente, es decir, el modo en que cada individuo puede subjetivar la experiencia en función de su historia personal, de lo vivido por cada sujeto.

PÉRDIDA, DOLOR Y DUELO.

La atención que se debe dar a los duelos y a las pérdidas afectivas, se encuentra ya en el pueblo egipcio y en la medicina árabe. Desde entonces, el tema ha sido abordado por Freud con un estatuto científico. En nuestras sociedades, cada vez se presta más atención a las pérdidas y duelos porque sabemos que determinadas pérdidas y duelos no elaborados, o graves, o reiterados, o que se producen en los primeros años de vida, se hallan en la base de algunos trastornos mentales y de trastornos de la personalidad.

Desde Freud y posteriormente desde otros autores, se considera el duelo un tiempo de trabajo, un proceso para asumir la pérdida afectiva. Así, podemos marcar tres tiempos en el proceso de un duelo: un tiempo para ver, primera fase que suele conllevar reacciones emocionales muy fuertes y donde la conmoción ante lo que ha sucedido se hace patente. Este primer momento de ver es seguido de un tiempo para comprender, que es diferente para todos. El momento de concluir un duelo también es diferente para cada sujeto, es decir, toda persona precisa su tiempo de comprender para poder concluir.

El trabajo de duelo es justamente ese tiempo, diferente para cada persona, donde la tristeza y la pena, es decir, el dolor, están en primer plano y eso no quiere decir que la persona padezca una "depresión"; son las manifestaciones emocionales del dolor, del sufrimiento que conllevan la pérdida afectiva: hay que dejar que la tristeza y el dolor se manifiesten, que la turbulencia afectiva de todo duelo emerja.

Hay que diferenciar, por supuesto, lo que es un duelo normal, un duelo complicado o un duelo patológico, para poder medicar adecuadamente, si es preciso; no es lo mismo la pérdida de un padre o de una madre que ha llegado al término de su vida – me refiero a la muerte natural -, que la pérdida traumática de un ser querido, aunque toda pérdida es susceptible de ser traumática. Por ello es importante poder intervenir en el proceso de un duelo cuando se sale de los límites de lo "normal".

Soportar el dolor, la pena y la tristeza, soportar y sentir las pérdidas es algo que no debe esconderse, se trata de un derecho a poder procesar la pérdida, no

hay que ridiculizar ni menospreciar a las personas que sufren, que lloran, que sienten una profunda tristeza porque han perdido a un ser querido, o se han visto obligados a una separación forzada. Si no se permite que la turbulencia afectiva emerja, si se niega su existencia puede conllevar consecuencias somáticas y psíquicas graves.

Es justamente la relación de una sociedad con la vivencia de la muerte, la relación con los aspectos dolorosos, con el sufrimiento, lo que diferencia a las culturas. En nuestra cultura occidental estos aspectos resultan escindidos de la vida social, disociados. ¿Cuál es el resultado? No tenemos vivencias de la muerte, ni nos atrevemos a tenerlas... y eso es lo que enseñamos a nuestros hijos.

PROCESO DE DUELO

El duelo es, por lo general, la reacción a la pérdida de un ser querido, y también la pérdida de una abstracción equivalente como, por ejemplo, la patria, la libertad, el ideal, el trabajo, etc. En ambos casos se trata de pérdidas pero con una clara diferencia entre ambas. El duelo no es un estado patológico, aunque se trata de un estado que impone a la persona considerables desviaciones de su conducta habitual. El duelo surge bajo la influencia del examen de la realidad, que impone definitivamente la separación del objeto, puesto que él mismo ya no existe. Al cabo de un tiempo, se amortigua el dolor y desaparece por sí solo. Precisa de un tiempo y es inadecuado e incluso perjudicial perturbarlo.

El duelo intenso, como reacción a la pérdida de un ser amado, integra un doloroso estado de ánimo, falta de interés por el mundo exterior y el apartamiento de toda actividad no conectada con la memoria del ser querido; se trata de un repliegue sobre sí mismo. El carácter doloroso de esta pérdida viene dado por la elevada carga de anhelo, imposible de satisfacer, el anhelo de que el objeto no haya desaparecido. Justamente por este deseo, la superación del duelo es penosa por la imposibilidad de recuperar el objeto. A veces pueden aparecer reproches y acusaciones por lo que se pudo hacer y no

se hizo. Se trata de una inhibición y restricción del yo en su entrega total al duelo, al trabajo psíquico que requiere un duelo. El dolor es la verdadera reacción a la pérdida del objeto, y la angustia la verdadera reacción al peligro que tal pérdida trae consigo y una reacción al peligro de la pérdida del objeto mismo.

¿En qué consiste este trabajo que el duelo lleva a cabo? El duelo surge bajo la influencia del examen de la realidad, que impone definitivamente la separación del objeto, puesto que ha mostrado que el ser querido ya no existe, y demanda que la libido abandone todas sus ligaduras con el mismo. A veces, el deseo de que exista ese ser perdido es tan intenso que puede generar una psicosis desiderativa alucinatoria. Como norma general, la realidad se impone y el duelo puede seguir su proceso de modo paulatino, con gran gasto de tiempo y de energía psíquica al servicio de poder deshacer las ataduras afectivas con el objeto perdido. Ataduras que se activan con cada uno de los recuerdos del objeto y de las esperanzas o proyectos en él depositados. Esta activación y desactivación de las ataduras, cargas y sobrecargas, tienen como finalidad liberar los lazos afectivos y amortiguar el dolor. Es decir, poder concluir el duelo.

La realización paulatina del desligamiento de la libido es, por tanto, un carácter común del duelo. El duelo mueve al yo a renunciar al objeto, comunicándole su muerte, y permite que el yo se acomode de nuevo a la realidad, y así la libido se puede ligar a otros objetos.

Mayte Roqueta del Riego. Psicóloga – Psicoanalista.

Trabajo presentado en las “XII Jornadas Mediterráneas de Seguridad Vial”, el 10 de Noviembre de 2005 en Marbella.

Bibliografía.

Colette Soler. “L’*époque des traumatismes*”. Cahiers du Collège Clinique de Paris. Volumen III. Année 2001-2002.

Dr. Jorge L. Tizón. "Pérdida, pena, duelo: vivencias, investigación y asistencia". Artículo publicado en el Full informatiu, núm. 180, del Col.legi Oficial de Psicòlegs de Catalunya.

Sigmund Freud. "Duelo y melancolía". Volumen 14 de las Obras Completas. Amorrortu editores.

Sigmund Freud. "Inhibición, síntoma y angustia". Volumen 20 de las Obras Completas. Amorrortu editores.